

La Sabiduría de Jesucristo

Por Carlos Cortés Lee

(En diciembre se cumplieron 100 años desde el nacimiento de este ilustre levita que sigue siendo considerado, con Monseñor Carrasquilla, el mejor orador sagrado de Colombia. Para recordar su efemérides recogemos aquí una bella pieza oratoria suya).

La perfección moral que contemplamos en Nuestro Señor, es ya algo sobrehumano, y puede decirse, algo divino, porque es una imagen de la hermosura de Dios, que en su simplicidad contiene eminentemente todas las bellezas y primores que se hallan repartidos en las criaturas.

¿A quién no asombra ver en Jesucristo ese fenómeno único en el mundo moral, ese equilibrio perfecto de todas las virtudes, aun las más opuestas al parecer? Miseria nuestra es el que de ordinario no alcancemos una virtud sino con menoscabo de otra, porque la energía suele dañar a la mansedumbre, la humildad perjudica en ocasiones a la dignidad, el recogimiento se guarda difícilmente en los ejercicios del celo y de la caridad; señal es de la limitación humana el que, en las personas perfectas, sobresalga siempre una virtud casi hasta eclipsar a las otras; aquel mismo heroísmo, aquella apariencia de exceso y de violencia que nos asombra en algunos de nuestros santos, al mismo tiempo que de su fuerza, es indicio de su debilidad, porque demuestra que ellos necesitaban de toda aquella exageración aparente, para resguardarse del mal y para alcanzar victoria de sus pasiones. En Jesucristo no acaece nada de esto, como tampoco se advierte que la vida intelectual, tan alta e intensa, perjudique en nada a la vida del corazón, pues con ser más profundo que todos los pensadores y filósofos y concebir planes más vastos y grandiosos que los de los conquistadores y fundadores de imperios, es accesible a los sentimientos del amor, de la compasión y de la ternura más exquisita.

Siéntese Jesús devorado por el celo de la gloria de Dios y ardiendo en deseos de hacer conocer a su Padre y dilatar su reino en las almas, y con todo eso no muestra nada de aquel fanatismo ciego y

demoledor que impulsaba a los falsos profetas y a los cabecillas de pretendidas reformas, antes reprime la impetuosidad de los discípulos que quisieran ver castigados con fuego del cielo a los moradores de la ciudad que les cerraba las puertas. Hallándose exento de toda culpa y aun de toda pasión desordenada no mira con desprecio a los demás hombres, como lo hacían los estoicos. Lleno de compasión por los que ignoran y yerran, no por eso transige con el error ni condesciende con las flaquezas humanas, ni menos las disimula ni disculpa. Ninguno más santo que El, ninguno que más entrañablemente aborrezca la iniquidad, y sin embargo no se aparta de los hombres como un misántropo, ni se entrega a un dolor estéril por los vicios con que los ve contaminados, ni poseído de negro pesimismo, desespera de su enmienda y conversión. Por el contrario, anda entre los malos, se sienta a la mesa de los publicanos, conversa familiarmente con la samaritana junto al pozo de Jacob y aun consiente, con escándalo de los fariseos rigoristas, en que la pecadora famosa se llegue a sus pies para besarlos y ungirlos.

Con más razón que su apóstol puede Nuestro Señor decir que se hace todo para todos a fin de ganarlos a todos. Y así no rehuye la discusión con los doctores de la ley cuando ellos le interrogan, pero de ordinario adoctrina a los ignorantes con parábolas y semejanzas tomadas de la naturaleza; asiste a los convites de los ricos y acepta sus obsequios, pero se acompaña con los pobres y los trata como a iguales, y en medio de sus faenas apostólicas, acoge a los pequeñuelos, los bendice y declara que de ellos es el reino de los cielos. Hacer la voluntad del Padre, atraer a los hombres al camino de la salvación es su único pensamiento, el móvil de todos sus actos: éste le guía al desierto y le conduce a las ciudades populosas, éste le acompaña en la oración, lo mismo que en la predicación, le sostiene en las fatigas, le conforta en las contradicciones, le esfuerza en las agonías del huerto y le hace entregar su espíritu en la Cruz cuando ya todo está consumado.

Santo, inocente, inmaculado, segregado de los pecadores y más excelso que los cielos: ved ahí las palabras de San Pablo que a cada página del Evangelio se vienen involuntariamente a la memoria. Esta santidad incomparable, única, es indicio claro de la divinidad del Salvador, como lo es igualmente su sabiduría, de que me propongo tratar. Y como la materia es demasiado copiosa, me contentaré con haceros notar, cuan brevemente me sea posible, cómo en la conducta de Jesús, en sus enseñanzas y en sus instituciones reluce una sabiduría que excede a toda la sabiduría de los mortales.

La sabiduría, tomando este vocablo en su más amplia y elevada significación, se confunde en alguna manera con la santidad. Un santo perfecto es un perfecto sabio, y el vivir santamente no es otra cosa que ajustar las acciones a los dictámenes de la verdadera sabiduría. Conocer muchas de las leyes que rigen al mundo físico e ignorar el origen y destino de este mismo mundo; penetrar en los arcanos de la materia y no conocerse uno a sí propio, ni entender las relaciones que le ligan con Dios: en suma, llevar el entendimiento atestado de hechos y de fórmulas, pero no saber las leyes de la moral y, lo que es peor, no querer o no poder cumplirlas, es cosa que nadie puede en justicia apellidar sabiduría, por más que nuestro siglo materialista la

ensalce y la decore con el pomposo y exclusivo nombre de ciencia, o mejor, de la ciencia.

Manifestación de la sabiduría de Jesús, al par que de su santidad, es aquella prudencia divina que se revela en todos sus actos y palabras, así en el trato con sus amigos como en las relaciones con sus enemigos; prudencia que desbarata fácilmente y con simplicidad de corazón cuantas dificultades se le ponen delante, y endereza sencilla y eficazmente todos los sucesos al logro de su empresa, que es volver por la honra de Dios y procurar la salud espiritual de los hombres.

Un solo punto quiero hacer notar a este respecto. Conducir a los hombres al conocimiento de su mesianidad y divinidad era el objeto principal del magisterio de Jesús, así como la condición indispensable de la obra de la Redención, la cual tiene por fundamento necesario la fe en el Redentor. A esto se oponían de un modo aparentemente invencible las falsas esperanzas mesiánicas del pueblo judío y de sus propios discípulos, no menos que la situación política y religiosa de la nación, que era por todo extremo delicada y peligrosa. Pues ¿a quién no admira la maravillosa destreza y tino con que el Salvador va conduciendo a los discípulos y al pueblo al conocimiento de su persona y de su obra, al propio tiempo y en la misma medida en que va destruyendo las opiniones y esperanzas groseras en que estaban inbuídos, e introduciéndolos a la inteligencia del sumo y altísimo misterio de la cruz?

Cierto es que Nuestro Señor nunca obró con disimulo, jamás se acomodó a las preocupaciones del vulgo, ni mucho menos negó su carácter divino; pero sin engañar a nadie, va templando la luz de la verdad conforme al estado de sus oyentes y no se manifiesta por completo, no aparta del todo el velo que le encubre, ni declara explícitamente quién es ante amigos y enemigos, sino cuando se acerca la hora de la Pasión, mediante la cual va a disipar para siempre todas las ideas falsas respecto del Mesías y a realizar las verdaderas, ilustrando y fortaleciendo a los apóstoles en el conocimiento y propagación de la fe, mediante la participación del Espíritu Santo, y confundiendo y condenando a sus adversarios en el acto mismo y por aquellos mismos medios que ellos idearon para vencerle y quitarle la vida.

Luce, además, en toda su conducta una inmutable elevación sobre todo lo terreno, una completa independencia de los hombres y de las cosas del mundo. Jamás se le ve emplear la astucia ni la simulación, ni valerse de medios humanos para el cumplimiento de sus designios, ni aprovecharse, como suelen los hábiles políticos, de las pasiones ajenas o de las tempestades que ellos mismos desencadenaron, a fin de salir adelante con sus proyectos. Para comprobar su dignidad divina, para confirmar sus doctrinas, no hace uso de argumentaciones complicadas, ni echa mano de los recursos de la elocuencia: el testimonio de su Padre, su propia santidad y sus obras divinas son el fundamento en que se apoya.

Si los filósofos de Grecia van como titubeando y dudando en la formación de sus sistemas; si los doctores de la ley se atienen al dicho de los ancianos y sabios que les han precedido, Jesús, habla como quien tiene potestad, con una autoridad que demanda al asenti-

miento, con una seguridad que excluye el error y aun la posibilidad del error, con un "yo os digo a vosotros" que si no tuviera de su parte a la verdad eterna, sería muestra de un orgullo insoportable, llevado hasta la insania. Cuando los adversarios le ponen asechanzas para cogerle en la palabra, desvanece sus objeciones con suma sencillez, yendo derecho al fondo de las cuestiones y descubriendo la intención oculta de los que las proponen. Cuando los discípulos se asombran de algunas de sus enseñanzas, corrobora y reitera la afirmación que les escandaliza, seguro de que si ellos se retiran, no faltarán otros que den crédito a sus palabras.

Por otra parte la sabiduría de este maestro incomparable no va creciendo por grados, no pasa de lo imperfecto a lo perfecto, jamás retracta El ni corrige lo que una vez enseñó, y si bien la teología explica en qué sentido cabe algún desarrollo en las facultades humanas de Jesús y si por otra parte El va con sapientísima disposición introduciendo paulatinamente a los suyos en el misterio de su persona, no se halla rastro de esos conflictos internos, de esas crisis, de esos cambios de plan que se han querido señalar en su vida. No, ningún cálculo, ningún acontecimiento exterior, ejerce sobre El influjo alguno, ni le hace modificar sus ideas, ni cambiar en lo mínimo la dirección de sus designios.

Quien estudie con atención la vida de los grandes hombres, de los genios, de aquellos que más hondamente labraron en la historia humana, echará de ver que ellos no sabían, por lo menos no percibían con claridad, a dónde iban, y que, o bien la lógica de los acontecimientos o bien la lógica de los raciocinios los llevó a donde ellos no sospechaban en el camino de la práctica o en el de la especulación: su sabiduría consistió las más de las veces en dejarse conducir de las circunstancias, de suerte que mientras parecía que guiaban a los hombres, eran guiados por ellos. Jesús, empero, no va tanteando y buscando su camino; sabe de dónde viene y a dónde va. Salido de Dios para dar testimonio de la verdad eterna y para redimir y renovar al mundo por medio de su muerte, se encamina al encuentro de la cruz que divisa a lo lejos, trabajando sin descanso y extendiendo a cuantos se le acercan el manto de su caridad. Y cuando el mundo no le quiso conocer y hace los últimos preparativos para quitarle la vida, El da los últimos retoques a su obra, establece el Sacramento del amor que va a ser el centro y foco de la vida de la Iglesia y les dice a los discípulos: Ahora es cuando el Hijo del Hombre va a ser glorificado, ahora es cuando el Príncipe de este mundo va a quedar derrotado: no habéis de temer, porque yo he vencido al mundo (1). Y cuando, finalmente, inclina la cabeza para morir, no se declara vencido, antes exclama con un gran grito, grito de triunfo: Todo está consumado (2).

Pues ¿quién podrá negar que en Cristo todo es digno de Dios, que si Dios se ha manifestado a los hombres, Jesús es la más sublime revelación de Dios, que en El se ha hecho visible no sólo la bondad

1) — Joan 16, 33.

2) — Joan 19, 30.

y benevolencia, sino la majestad, santidad y sabiduría invisibles de Dios? Oh! y esto es tan cierto que si el mundo cristiano disfruta de un tan alto, tan espiritual concepto de Dios, concepto que supera en amplitud y profundidad no sólo al que puede suministrar la sana filosofía, sino aun al que se desprende de la revelación en el Antiguo Testamento, lo debe, más que a las palabras, a la persona de Cristo. El mundo ha visto a Dios, porque ha visto a Jesucristo. **Qui videt me, videt et Patrem.** Quien me ve a mí, ve también al Padre (3). Esto explica, digámoslo de paso, cómo el secreto de su influjo está principalmente en su persona. No es de extrañar que un poeta de ahora treinta siglos nos atraiga todavía; es la obra, no la persona lo que nos admira: si algún interés despierta en nosotros la persona de Homero, es por el que nos inspiran las epopeyas de Homero, y cuando celebramos las palabras del pensador, las creaciones del artista, las hazañas del héroe, generalmente lo que más nos importa es la obra, no el que la ejecutó. En Cristo, por el contrario, la inteligencia y el corazón descansan en su persona; la doctrina se identifica con el Maestro, la enseñanza con la vida. Conocedor de su pequeñez, debe el hombre que inicia una obra grande o anuncia una verdad desconocida, decirles a sus semejantes: No miréis a mí, no fijéis la atención en el que habla, sino en lo que dice; poned los ojos en la obra, no en el que la acomete. Jesús dice: Aprended de mí; seguidme a mí, porque el que me sigue no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida.

Pero, ¿y quién podrá explicarnos la doctrina de Cristo, su pureza, su profundidad, sus frutos copiosos? Aquí me encuentro verdaderamente atajado y confuso. Para ello sería menester mostrarnos cómo el cristiano propone las más altas ideas acerca de Dios, de su naturaleza espiritual, de su libertad, de su justicia y de su amor. Sería necesario exponer el conjunto armonioso de la teología católica y su admirable consonancia con los dictámenes de la razón y con los resultados de la experiencia, y haceros ver cómo toda ella no es más que la evolución y desarrollo de las palabras y enseñanzas de Cristo. Sería necesario mostrarnos cómo el cristianismo resuelve de manera plena y satisfactoria las grandes cuestiones que desasosiegan al espíritu humano y satisface sus más profundas necesidades morales y religiosas. Porque, hermanos míos, la religión verdadera ha de abarcar al hombre todo entero, con todas sus potencias y facultades. Si no ha de parar en hueco sentimentalismo o en mística fantástica e ilusoria, debe tener por primer elemento un cuerpo de doctrina, un símbolo definido acerca de Dios, acerca del mundo, acerca del hombre.

Pero como la religión no es escuela filosófica, ni la Iglesia asamblea de sabios, en que los más doctos sean los que más valen, es menester que a la fe se junte un código de moral y se encarezca como conviene la guarda de los mandamientos. De lo contrario se iría a dar a la fe justificante del protestantismo, que confiado en los méritos del Salvador, repudia por inútiles y aun dañosas las obras buenas; o a las aberraciones del quietismo e iluminismo, que por otro camino tien-

3) — Joan 14, 9.

de a la destrucción de la moral, asentando que para el contemplativo todos los actos externos son indiferentes.

Ni se encierra tampoco la religión en la sola moral, ni es simple medio de promover la moralidad, ni es la forma externa y accidental en que la ley natural se manifiesta al Yo empírico, como dice Kant; porque es imposible establecer el orden moral quitándole su sólida base que es Dios, santidad absoluta, para asentarle como quiere aquel filósofo y otros con él, en el aire, es decir, en una mera abstracción, como es la del imperativo categórico.

Peró hay más todavía. Como el hombre no es espíritu puro, sino espíritu vinculado, en unidad de sér y de vida, a un cuerpo, la religión, cuyo asiento principal está en la inteligencia y en la voluntad, obra también, y ello es lógico, sobre las potencias inferiores del alma, dependientes del organismo corpóreo, y entra así en el dominio del sentimiento, aunque de una manera secundaria, ya que el sentimiento o afecto es un resultado de la operación del espíritu o, como si dijéramos, no es más que la resonancia de lo espiritual en la parte sensible de nuestro sér. Los afectos tienen también su puesto en la religión, porque regidos por la voluntad mediante la fantasía, se ennoblecen y espiritualizan, y así participan en los actos del espíritu, al propio tiempo que la voluntad cobra mayores bríos y obra con más intensidad, cuando los afectos o pasiones la sencundan y sostienen.

La religión no es, pues, ni puede ser sólo una ciencia, ni una moral escueta, ni un sentimiento vago, sin objeto real y exterior a que se dirija. La vida religiosa consta de todos estos elementos y el vínculo que los enlaza es la misma alma humana, la cual con la inteligencia conoce a Dios, su fin, y con la voluntad se esfuerza por alcanzarlo, y este conocimiento y este amor, cuando son vehementes, desbordando del espíritu alegran el corazón y la carne, la atraviesan con el temor santo, la derriban en las llamas de la caridad, la arrebatan en las alas de la esperanza y del deseo, y se manifiestan en los actos externos de la adoración y del culto.

El cristianismo, que abraza a un mismo tiempo los problemas metafísicos y los problemas éticos y que ofrece un culto digno de Dios y del hombre, es la única religión perfecta; al paso que todas las religiones y todos los sistemas que le son extraños o que se desvían de él, o bien se pierden en especulaciones metafísicas como el Bramaismo, o bien consisten en una moral sin dogma y por consiguiente sin sanción como el Budismo, o pretenden satisfacer los anhelos religiosos del alma con meras ceremonias exteriores como lo hacían los griegos y romanos.

La pobreza de las religiones del mundo pagano, como observa San Agustín, se mostraba sobre todo en lo que mira al conocimiento de Dios, tan obscurecido y falseado por el politeísmo y por las monstruosidades de la mitología. Jesús nos le presenta como espíritu purísimo, eterno, inmutable, omnipotente, libre y sapientísimo. Pero, sobre todo, brillan en los discursos, en las palabras de Nuestro Señor, las que pudiéramos llamar propiedades éticas de Dios, como son la santidad y la justicia, la veracidad y la fidelidad, la bondad, la misericordia, el amor. Con relación al mundo y al hombre, enseña que todas las cosas

vienen de Dios, criador, conservador y gobernador de todas ellas; fija en la posesión de Dios el fin supremo del hombre; descubre la naturaleza de éste así en su bajeza y miseria como en su elevación y dignidad, y explica el origen del mal, tanto en el orden físico como en el moral. En estos puntos se encierran los gérmenes de toda sana filosofía, aquí está resumida toda verdad natural y sobrenatural acerca de Dios, del hombre y del mundo; aquí se encuentra junto cuanto alcanzó la sabiduría humana, pero limpio de la escoria de los errores; cuanto enseñó la revelación mosaica, pero esclarecido, perfeccionado y aumentado.

¿Y qué diremos de la moral? ¿Dónde se vio jamás una doctrina a un mismo tiempo tan vigorosa y tan llena de dulzura, tan severa que se insinúa hasta el corazón y condena aun el deseo y el pensamiento malo, tan benigna que ofrece remedio aun a los que llegan a los más bajos peldaños de la depravación, y no reconoce más que un pecado imperdonable que es la desconfianza de la misericordia divina; doctrina que se muestra así capaz de formar los santos más encumbrados y de redimir a los más abominables pecadores? Altísima en sus propósitos, rica y poderosa en sus motivos, guiada por el más perfecto modelo, confiada en una fuerza superior a las humanas, ofrece infinidad de medios al caído para levantarlo y purificarlo, y alcanza en los consejos evangélicos la expresión más subida del heroísmo moral. El ideal a que debemos conformarnos es Dios mismo; nuestros esfuerzos han de dirigirse a cegar en nosotros las fuentes del mal que son la codicia, la sensualidad y la soberbia, perdiendo la vida, si es necesario, para hallarla; a purificar el corazón, a despojarnos del hombre viejo y a vestirnos del nuevo que es hecho a imagen de Dios.

El cielo y el infierno, con goces eternos y con eternas penas, la fealdad horrenda del pecado, la paz del alma en la virtud, y sobre todo, el hechizo de aquel amor inefable que se manifiesta en el misterio de la Cruz: tales son los motivos poderosos que incitan a la perfección moral.

Y con todo esto el cristianismo no nos enseña una moral abstracta, no nos señala lo que es bueno en teoría, sino que nos pone delante de los ojos la bondad y la virtud encarnada en Jesucristo, el cual ha de vivir en nosotros, crecer y desarrollarse hasta que el discípulo pueda decir con San Pablo: Yo no vivo, sino que Cristo vive en mí (4), mis pensamientos, mis afectos, mis deseos son los pensamientos, los afectos, los deseos de Cristo: El es mi vida. *Mihi vivere Christus est* (5).

Mas donde alcanza su florecimiento más lozano la moral cristiana es en los consejos evangélicos. Por la pobreza voluntaria, por la virginidad perpetua, por la obediencia entera a una autoridad espiritual, se desata el hombre de los lazos que le unen a la tierra, sale completamente de la estrechez de su egoísmo, y desprendido del mundo, libre del peso de la sensualidad y muerto a su querer propio, no se encastilla como el estoico en las alturas solitarias de su orgullo, sino

4) — Galat. 2, 20.

5) — Philip. 1, 21.

que entra de lleno en el amor de Dios, en cuyo seno no se pierde su personalidad, como la del brahama en el infinito, ni se adormece en la inacción, sino que cobra vigor incontrastable para sacrificarse a ejemplo de su Maestro, por la verdad y por el bien, por la salvación de sus hermanos.

Y ahí está la historia de la Iglesia. Ahí están esos millones de santos para probar la eficacia de esta doctrina. De ella nacieron, con ella se alimentaron y crecieron. A Jesús abrazaron, pero a Jesús todo entero. Nuestro siglo no quiere aceptar a Jesucristo sino parcialmente: cada cual toma de El lo que le place. Unos admiran la alteza de los dogmas cristianos y confiesan de grado que ellos constituyen un adelanto inmenso sobre las ideas filosóficas y religiosas de los paganos, pero no pasan de ahí; otros se contentan con alzar a las nubes la moral del Evangelio, como la más pura, como la fuente de todas las libertades públicas y la mejor salvaguardia de la dignidad humana; pero no hay para qué hablarles de misterios, porque son enemigos jurados de la metafísica y tienen horror a todo lo que sale de los límites de lo experimental y positivo; otros, finalmente, aceptan uno y otro, sólo que la economía de la gracia y de los sacramentos, del culto y de la jerarquía, les parece un accesorio de poca monta: quisieran un cristiano depurado de todo eso, una moral fundada en las solas fuerzas de la naturaleza.

Pero todos estos son empeños temerarios, porque en la doctrina de Jesús todo se armoniza: el dogma, la moral, los medios de santificación. Quitado uno de estos elementos, bambolean y caen por tierra los otros. Si falta la fe, carece el hombre de motivos suficientemente fuertes para obrar el bien, y sobre todo el bien en grado superior, sobreponiéndose al ímpetu de sus pasiones; si se desprecia la gracia, carece de fuerzas para realizar sus propósitos y cae en la desesperación y el desencanto. El hombre no se levanta a su verdadera perfección sino por Jesucristo. Cuando se mutila a Cristo, se menoscaba la perfección humana. Los sistemas no cristianos, a lo sumo alcanzan a producir obras defectuosas, o que no exceden de lo vulgar, hombres a quienes les falta algo en el corazón o en la cabeza, como dijo un incrédulo, al paso que el cristianismo íntegro ha producido esos tipos inmortales de belleza que se llaman Pablo de Tarso, Teresa de Jesús, Luis Gonzaga, Francisco de Sales y mil más.

Y ¿quién podrá dignamente ponderar la fecundidad prodigiosa de la enseñanza de Cristo? Semejante al grano de mostaza, de que brota árbol corpulento, debajo de apariencias sencillas que no espantan a las inteligencias más medianas tiene profundidad tanta, se presta a tal variedad de aplicaciones, encierra tanta copia de conclusiones que con hacer tantos siglos que la humanidad más culta viene estudiándola, sondeándola, exponiéndola, no ha llegado ni llegará jamás a agotarla. La palabra de Jesús es hondísima, cada inteligencia se sumerge allí hasta donde quiere y puede; es un río que tiene lagos profundos y cascadas sonantes y apacibles remansos: allí nadan los elefantes, y los tiernos corderillos encuentran donde bañarse y apagar su sed. Ni es esto maravilloso. Cuanto una inteligencia es más alta, tanto es más comprensiva su palabra, expresión de su pensamiento. De los ángeles en-

seña Santo Tomás que abarcan con un sólo concepto o, como si dijéramos, con una sola mirada, lo que un hombre de sumo ingenio no puede conocer sino por partes y mediante una larga cadena de raciocinios. Por eso los grandes talentos son eminentemente sintéticos, ven las cosas desde muy alto y su palabra revela más de lo que dice, cautiva más por lo que sugiere que por lo que manifiesta expresamente. Pues si la palabra humana tiene ya esta fecundidad y lleva en ocasiones tal cúmulo de ideas condensadas que van a hacer explosión y a germinar en los que las reciben, cómo será la palabra del que es Palabra y Concepto de Dios?

De la palabra de Cristo ha nacido en primer lugar la teología católica. Sí, la teología. Al oír esta palabra, muchos se encogen de hombros pensando que esa es una mera antigualla, que si pudo alimentar las interminables disputas de la escuela o ejercitar la sutileza de los doctores de la Edad Media, hoy no tiene valor alguno. Pero no, la teología es el fruto de la palabra de Dios y de la razón humana; es el pensamiento de Dios interpretado por el hombre que lo ha estudiado con amor, con reverencia y aplicado a él sus más poderosas facultades, sus esfuerzos más generosos. La humanidad no ha sido ingrata al dón del cielo, lo ha acogido con regocijo y sin olvidarse de que el escudriñador de la majestad se verá oprimido por la gloria, ha juzgado que era muestra de agradecimiento examinar y profundizar hasta donde le fuese posible la doctrina que le vino de lo alto. Y el resultado ha sido tal, que aun cuando uno no fuera cristiano, no podría menos de admirar un cuerpo de doctrina tan completo y tan sabiamente organizado, ni dejar de extasiarse ante el edificio que sobre la fe ha levantado la razón, contemplando su magnificencia, su elevación, la proporción de sus partes, lo acabado y primoroso de sus detalles y ornamentos. Podrá el hombre desechar los principios de esta ciencia, pero habrá de quedar pasmado ante la sagacidad, penetración y firmeza de razonamiento que demuestran sus cultivadores, y no podrá negar que la teología católica es el campo en que el ingenio humano ha dado más alta muestra de su capacidad y que ella es la más suntuosa fábrica intelectual que levantaron las manos de los hombres.

Única e idéntica a sí misma, la teología se reviste de formas diversas: ya se muestra sencilla, clara, asequible en las homilias con que los pastores apacientan a los fieles; ya armada de irresistibles argumentos se revuelve contra los adversarios de la religión, confunde los errores, pulveriza las objeciones, o bien apoyándose en las verdades que ellos admiten, o poniendo en claro cómo cuanto alegan en contra, carece de fundamento. Unas veces se contenta con exponer los dogmas y corroborarlos con los testimonios de la Escritura y de la Tradición, en estilo fácil y abundante, que arrastra en sus ondas los tesoros de la erudición y de la crítica; otras asume casi la apariencia de las ciencias exactas, seca en el estilo, vigorosa en la argumentación, descarnada en las pruebas que se encadenan con método estricto, ajustada al rigor de la dialéctica; y armada así como de escalpelo y microscopio, se entra por los más escondidos senos de la enseñanza revelada, la desmenuza, la desenvuelve y saca conclusiones que forman todo un sistema científico; define, divide, demuestra sus tesis, redarguye a los con-

trarios. Esta ciencia sagrada no permanece jamás estacionaria: sin mudar en el fondo ni apartarse de la fe, es progresiva, se desarrolla, se modifica, se transforma conforme adelantan las otras ciencias con quienes está en íntima relación. Segura de hallarse en posesión de la verdad infalible, no teme la investigación, antes ahonda en ella cada día más; acepta cuanto viene del campo de la experimentación o del campo de la filosofía, porque los resultados de las ciencias de observación, como sean comprobados, y las conclusiones del raciocinio, como nazcan de premisas ciertas y por riguroso discurso, lejos de menoscabar, vendrán, como vinieron siempre, a corroborar sus propias afirmaciones.

Mientras que las falsas religiones se desmoronan cuando se les aplica la crítica científica, esta última aún manejada por manos nada amigas, no ha logrado hacer mella en la doctrina de Cristo; por lo cual la Iglesia no teme la ilustración, antes la promueve y ha sido la creadora y fautora de todas las instituciones destinadas a propagarla, desde la escuela primaria hasta la universidad. Y que la razón humana bajo la tutela de la fe, lejos de enflaquecerse, ha cobrado nuevos bríos y ganado en audacia y elevación, lo patentiza la superioridad de la sabiduría cristiana, señaladamente en las disciplinas filosóficas y jurídicas, en las ciencias políticas y sociales. El elemento cristiano es hoy la luz y la sal de la cultura del mundo y anda tan mezclado con ella que nadie sería capaz de separarlo, como tampoco de señalar el límite hasta donde llega la acción de las verdades reveladas, pues esa acción se extiende más allá de las fronteras de la Iglesia y de las comuniones cristianas y alcanza aun a los que no conocen la Revelación o la repudiaron. La atmósfera espiritual está impregnada del pensamiento de Cristo; la palabra de Cristo es el pan cotidiano de un sinnúmero de almas. ¿Dónde sino en el Evangelio están los manantiales de este río de la elocuencia cristiana que recrea y fecundiza las almas en todas las regiones del globo, de esa elocuencia que habla todas las lenguas, así las más cultas como las más bárbaras, que conmueve todos los corazones, que resuena en los palacios de los reyes y va en boca del misionero a ilustrar y consolar al labriego, a ganar el corazón del salvaje en su desierto; de esa elocuencia que cuando la antorcha de la cultura clásica se extinguía, hizo revivir en Juan Crisóstomo los acentos de Demóstenes, que pareció resucitar a Cicerón en la persona de Cipriano, y que rotos ya los clásicos moldes de las lenguas antiguos, tomó a las modernas en su cuna y las pulió y las hermozó y les imprimió su sello de espiritualidad y elevación?

Esto nos lleva a notar otra de las propiedades de la doctrina de Cristo, que es la universalidad, en todo sentido y bajo todo concepto. Ella se dirige a todos los pueblos, para congregarlos a todos en el reino de la verdad que vaticinaron los profetas y que había de traspasar los confines de los otros reinos, en el reino de los cielos, que abarca y comprende a todas las naciones de la tierra. Pretensión era ésta que asombraba a los judíos y gentiles, y que les parecía la más nueva, la más inaudita, la más imposible de realizar, porque ellos no concebían una religión que no fuera nacional; pretensión que sin embargo se ve realizada y cuyo origen divino y superior a todo pensamiento y voluntad de hombres ponen todavía más de manifiesto las comuniones

separadas, el bizantinismo y el protestantismo con sus iglesias particulares, encerradas dentro de las fronteras de un país y sostenidas por el poder del Estado.

Y es porque en la doctrina de Cristo se prescinde de cuanto es externo y accidental en el hombre: la raza, la nación, el clima, la época; y sólo se tiene en cuenta lo que le es esencial; sólo se mira al alma, la cual en todos los tiempos y lugares, en cualquier grado de civilización en que se halle, experimenta unas mismas necesidades, tiene unas mismas aspiraciones, se ve atormentada de idénticos temores y deseos, sólo patentes a Aquel que la crió, a Aquel que conoce el corazón del hombre porque lo modeló con sus manos. Con esta universalidad *ad extra*, digamos así, tiene otra universalidad que llamaremos interior: no hay aquí doctrinas ocultas, no hay discípulos favorecidos, no hay distinción entre gnósticos y psíquicos, ni teorías arcanas, ni misterios reservados para sólo los iniciados; nada del exclusivismo de la filosofía pagana que odiaba al vulgo profano. El cristianismo no tiene secretos para nadie: todos son llamados a participar de sus enseñanzas cualquiera que sea su capacidad y cultura, cosa que también escandalizaba a los paganos y era objeto de sus burlas, como lo vemos en Luciano; pero que aparte de otras causas se funda en la manera misma de la enseñanza, que no es por el camino largo y trabajoso de las demostraciones, inaccesible a los entendimientos vulgares, sino por el fácil y compendioso de la autoridad, de la palabra de Dios, la cual pone de un golpe al hombre más rudo en presencia de la verdad, y de toda la verdad, sobre todo en aquellos puntos más trascendentales, más necesarios para ordenar la vida honestamente y de acuerdo con la dignidad humana.

El cristianismo, es pues, por excelencia, una religión popular. Tanto más cuanto por otra parte, Jesucristo, en quien se compendia toda la religión del cristiano es, según hemos visto, el ideal puro del hombre, a quien no falta ninguna de las notas de la genuina naturaleza humana, al mismo tiempo que muestra en su persona lo divino en forma humana, la verdad invisible de Dios hecha visible a los mortales, de modo que verle a El es ver a su Padre. Su vida es el modelo acabado de la vida humana dignificada y esclarecida por la presencia y el amor de Dios. Por eso quien le contempla, siente despertar en sí los gérmenes de todo bien, y cuanto más se acerca a El por la imitación, es no sólo más cristiano, sino más hombre, porque corresponde mejor a la primitiva idea del hombre en la mente de Dios.

Mas no pára aquí la eficacia de las palabras de Nuestro Señor. Ella no se ha sentido tan sólo en los individuos, ni en el campo de la especulación. Qué de instituciones no han brotado y brotan de ella todos los días! La civilización cristiana no es sino el florecimiento lento de la semilla evangélica; las libertades modernas en lo que tienen de bueno, de allí arrancan; la sociedad y la familia, las ciencias y las artes, se han modificado por ella y de su savia se nutren todas aquellas virtudes que recrean y embalsaman al mundo cristiano, diferenciándole hondamente del antiguo.

Nuestro Señor no procedió como los reformadores humanos: no incitó a la rebelión, no provocó trastornos sociales, ni se propuso

derrocar el orden establecido para fundar por fuerza una nueva sociedad sobre las ruinas de la antigua. Eso habría sido indigno de Dios. Eso por lo demás, no toca sino a la superficie de las cosas. La obra de la fuerza (y hablo no sólo de la fuerza de las armas, sino de la de las pasiones) lleva en su seno con el riesgo de la exageración y del exceso, el germen de su muerte y el principio de las reacciones infalibles. Jesucristo procedió como Dios: comenzó su obra en las inteligencias y en los corazones; arrojó en el seno de las antiguas sociedades, corroídas por la triple concupiscencia, la levadura saludable de sus enseñanzas y de sus medios de santificación: depositó en unas pocas palabras comunes, lúcidas y sencillas, las simientes de un nuevo orden de cosas y dejó que esas simientes se desarrollaran a favor del tiempo y bajo la acción del Espíritu Santo.

¡Y qué transformación! El mundo antiguo que consideraba la pobreza como **ingens vitium**, se vio reemplazado por un mundo nuevo que ve en el pobre un objeto de veneración, porque es imagen de Cristo, que se hizo pobre, que evangelizó a los pobres y murió por ellos. De ahí todas las obras de misericordia cristiana que no pudo imitar Juliano, ni podrán jamás contrahacer los filántropos anticristianos. La misma Roma que vio a sus emperadores poner en una nave los mendigos de la ciudad para echarla a pique en el mar, vio a Gregorio Magno ayunar y hacer penitencia cuando supo que había un pobre en Italia a quien no habían alcanzado sus limosnas. Y de entonces acá, ¡cuántas manos delicadas de nobles matronas y doncellas se han creído honradas curando las llegas nauseabundas de los pobres de Cristo! La esclavitud, que constituía el cáncer más odioso del mundo pagano y que sus mismos filósofos, como Aristóteles, justificaban en teoría, quedó arruinada en principio por el cristianismo para ir desapareciendo poco a poco, hasta el punto de que hoy no podemos comprender aquellas sociedades antiguas en que había miles de esclavos por cada hombre libre, teniendo éste derecho de darles la muerte y aun de ordenar que ellos se la dieran recíprocamente, sólo para entretenimiento y solaz de sus comensales que yacían muellemente recostados en sus triclinios de oro, coronados de rosas y resplandecientes los cabellos con el **malobatro** sirio.

¿Y qué diremos de la regeneración y ennoblecimiento de la familia, de la fundación de una vida social digna del hombre en el justo equilibrio de la autoridad y de la libertad?

La familia descansa en el concepto del matrimonio, en la dignidad de la mujer. La baja estimación que de ella hacían los paganos, la tenía envilecida y abatida. Mas desde que el cristianismo venera al Señor en su Madre Virgen y enseña la igualdad esencial entre el varón y la mujer, apesar de sus desigualdades fisiológicas e intelectuales; desde que las mujeres por el voto de virginidad alcanzan una sobrehumana elevación y a ejemplo de María ejercen para con las **almas** una maternidad espiritual, llevándolas a Jesucristo, desde entonces la mujer quedó emancipada y se mostró como virgen, como esposa, como madre, en una dignidad que el paganismo no llegó a sospechar. Hicieron imposibles la poligamia y el divorcio que son ruina de las fami-

lias, quebrantóse el poder de la sensualidad y las naturales relaciones del hombre y de la mujer quedaron santificadas y espiritualizadas.

Mientras que el Estado antiguo no miraba a los ciudadanos sino como medios de alcanzar su fin y absorbía en su vida pujante la vida de todos los individuos, el cristianismo predica la dignidad y la libertad del individuo, la igualdad de todos delante de Cristo, delante de Dios, y hace que la ley tome en cuenta el derecho de las personas mitigando la dureza de la legislación romana.

En oposición al sofocante despotismo del oriente y a la olocracia de la Grecia, la Iglesia enseña el origen, la órbita y el objeto del poder político; lo espiritualiza y santifica, lo limita con las prescripciones del derecho natural y de la ley cristiana, y así exige a los súbditos la fidelidad y la obediencia sin degradarlos, con lo cual la autoridad dejó de ser caprichosa arbitrariedad y la obediencia no fue servidumbre.

Pues decidme ahora, ¿quién sino Dios habría podido enseñar una doctrina tan profunda que el estudio de tantos siglos no la agota, que sin variar en su fondo se desarrolla y se adapta a las aspiraciones y necesidades de cada época de la humanidad, llevando su influjo salvador al individuo, a la familia, a la sociedad; que resiste el examen de las más aventajadas inteligencias así amigas como enemigas y si bien las sobrepuja en mucho, no puede ser acusada de contradicción, sino que o bien las arrebatada de admiración si son rectas y humildes, o las ciega y precipita al abismo, si soberbias y mal intencionadas; una doctrina que se ve corroborada con los progresos de la verdadera ciencia, y de la cual ha nacido una civilización, la más rica, la más espiritual y floreciente, cual es la de las edades cristianas, produciendo al propio tiempo millares de santos, cada uno de los cuales es un milagro mayor en el orden moral que la resurrección de los muertos en el físico? ¿Qué nos da el racionalismo moderno en cambio de esta metafísica tan alta pero tan racional, de esta moral tan pura pero tan humana, de esta religión tan sublime que arroba a los genios, tan llana que la entiende el niño, de este culto espiritual que ennobleciendo al hombre honra a Dios?

¿Sabéis qué? El panteísmo, una llamada religión del sentimiento que no tiene dogmas, que no conoce reglas fijas de moral, que duda de todo, pero que conserva, como se acaba de decir en la Academia Francesa, aquellas ilusiones que forman la dignidad del hombre, religión para quien el Dios de los judíos y el sanguinario Maloc, Jesucristo y Buda, los sonámbulos y profetas son una misma cosa; la oración del grande Ulema y la del sacerdote católico, dos líneas que partiendo de distintos puntos del espacio, miran sin juntarse jamás a una estrella demasiado lejana (6). Qué más: El monismo que, según dicen, no reconoce dualidad alguna, ni diferencia entre espíritu y materia, entre substancia y forma, entre fenómeno y realidad; para quien no hay materia sin espíritu o sea sin la fuerza irresistible que la gobierna, como tampoco espíritu sin materia, o mejor dicho, no hay espíritu ni ma-

6) — Anatole France, hablando de Renán.

teria en el sentido tradicional de las palabras, sino únicamente algo que no es ni lo uno ni lo otro, es decir, el mundo, el todo uno, lo inconsciente que se desenvuelve en el tiempo, sin saber de dónde viene ni para dónde va.

¿Qué es de la Religión, qué es de la moral en semejantes sistemas? Escuchad: Así como el pensamiento individual se resuelve y se pierde en el proceso dialéctico del gran todo, según dice Hegel, así la actividad consciente y determinada del individuo se confunde con el querer ciego e irracional de este mismo todo. El hombre se alucina cuando cree que él quiere algo, que él es quien piensa o hace lo que sucede por él (7). No hay tal; sólo acontece lo que acontece necesariamente, y el hombre ni piensa ni quiere sino lo que debe pensar y querer. Lo inconsciente, es decir, el ciego impulso de la naturaleza, el instinto por lo que causa placer o pena, eso es lo que en último análisis determina todas las acciones humanas. Resistirle es cosa imposible y no puede menos de ser causa de infelicidad: sumergirse en lo inconsciente es la bienaventuranza suprema; entregarse al impulso irresistible de la naturaleza, la única sabiduría. La doctrina no es nueva. Sin ir más lejos, esa es la conclusión a que llegó un personaje de cierta novela muy conocida, el cual renegó de Jesucristo porque habiéndole ofrecido enfrenar la sensualidad para servirle mejor, halló después como Lutero que la pasión era demasiado fuerte y él demasiado débil para sojuzgarla. Partiendo del principio de que este impulso secreto que predominaba en él sobre la voluntad de Dios, era un poder mayor y más divino que el del Dios de sus padres, tomó la resolución de no conocer ni adorar en adelante otro Dios que aquella voz inequívoca que creía percibir en su interior, es decir, la desaforada inclinación de la sensualidad.

Pues este panteísmo es lo que se considera como la única religión digna de los sabios, quienes miran con desprecio toda religión positiva. Si algún maestro se ha de seguir, no será ya Jesucristo sino Buda; si alguna felicidad se espera, no es la del cielo, sino la del Nirvana. Entregarse uno a esas propensiones que la ascética sombría del cristianismo pintaba con tan negros colores, sacudiéndolas como voces divinas que nos guían a la felicidad, ¡qué cosa tan cómoda! Saber que Dios es la naturaleza y que la naturaleza es Dios y que por tanto no es virtud sino pecado sujetar la carne, y a más de pecado, insensatez, porque es pretender un imposible, y después de todo, perder y anegar el ser individual en el gran todo, o hablando más claramente, descargarse uno de la responsabilidad de sus propias acciones y por consiguiente del temor de las retribuciones eternas; tal es la dicha que se busca, tales las ventajas que se le hallan a Buda sobre Jesucristo, y tal la causa de ese entusiasmo inexplicable, oprobioso que despierta hoy el Budismo en algunos centros europeos (8).

Siempre, hermanos míos, el mismo resultado, siempre las especulaciones orgullosas de la razón que sacude el yugo de la fe, abriendo

7) — Hartmann.

8) — Weiss, *Apologie des Christenthums*, B. III, s. 295.

comino a las degradaciones de la carne; siempre las pasiones desenfrenadas queriendo prevalecer sobre la ley de Dios.

El espíritu se conturba, la imaginación retrocede horrorizada cuando se piensa lo que será del mundo si llegaran a prevalecer semejantes desvarios, si, lo que no puede suceder jamás, llegara a extinguirse el fanal esplendoroso que la Iglesia levanta en alto para disipar las tinieblas del error. Al echar una mirada sobre ese abismo en que se despeña la razón extraviada y culpable, hay que volver los ojos a Jesús, para decirle: Señor, ¿a quién iremos? Tú sólo tienes palabras de vida eterna (9). Tus palabras sí son espíritu y vida, el que te sigue no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida (10).

Pero terminemos ya. Si consideráramos la constitución divinamente grande y divinamente sencilla de la Iglesia; la admirable economía de los sacramentos, en fin no ya sólo las doctrinas sino las instituciones del cristianismo, hallaríamos nuevos argumentos para adorar en Cristo una sabiduría que sobrepuja a toda sabiduría de hombres, pero veo que eso es ya imposible. Y esta obra tan maravillosa de las enseñanzas e instituciones cristianas, esta obra de una sabiduría que asombra más cuanto más se la considera, que alcanza verdaderamente de un fin a otro fin fuertemente y todo lo dispone con suavidad (11), que abarca todo el pensamiento, todo el querer, toda la vida del hombre, todas las relaciones humanas, para todos los pueblos y para todos los tiempos; este orden cristiano sobrenatural que en más alto grado que el mundo natural y visible, enarra la gloria de su autor; este orden en cuya contemplación halla el espíritu los goces más puros, y en cuya práctica realización está fincada y lo estará siempre la salvación de las sociedades; esta obra, digo, ha sido producida por Jesús después de una vida pasada en el taller de un artesano y en el trabajo de las manos, en los solos tres años de su humilde predicación y confirmada y sellada para siempre en las tres horas de su permanencia en la Cruz. Así como para el que contempla el universo sensible, es manifiesta la existencia de Dios, cuya magnificencia narran los cielos y anuncian todas las criaturas, así la razón, cuanto más profundamente considera la doctrina y las instituciones de Jesucristo, más se persuade de que ellas no son obra de hombre, ni efecto de la evolución del espíritu humano, ni producto o amalgama de doctrinas preexistentes, sino simplemente la obra del Verbo de Dios hecho carne; de Aquel que dijo: Mi doctrina no es mía sino del que me envió (12), y de quien afirma San Pablo que en El están todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia de Dios (13).

9) — Joan 6, 69.

10) — Joan 6, 64 y 8, 12.

11) — Sap. 8, 1.

12) — Joan 7, 16.

13) — Colos. 2, 3.